

ZULEMA TREJO CONTRERAS, *Redes, facciones y liberalismo. Sonora, 1850-1876*, Hermosillo, El Colegio de Sonora, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2012, 300 pp. ISBN 978-607-7775-26-3

Quien pretende hacer historia política regional camina por senderos en los que la señalización historiográfica es poco clara. Está, por un lado, la seductora invitación a cultivar la “microhistoria” que hiciera Luis González y González. Ésta se concibe como otra historia, distinta a la nacional, crónica de la *matria* y no de la patria. Por el otro, una sólida tradición rastrea el desarrollo de los grandes sucesos de la historia nacional –la independencia, la reforma, la revolución– dentro de los escenarios regionales sobre los cuales muchas veces se reproduce, con otros actores y de manera no siempre convincente, el mismo drama que pauta la historia nacional. En su libro *Redes, facciones y liberalismo. Sonora, 1850-1876*, Zulema Trejo evita ambas opciones –a menudo problemáticas y excluyentes– para describir la construcción del dominio político en una región particular, inserta dentro del proceso de consolidación nacional, durante el tercer cuarto del siglo XIX.

La autora centra su atención en la formación de redes: los vínculos de parentesco, de amistad, de negocios y clientelares que los notables sonorenses “tejían para dominar”. Vemos así a los miembros de distintos sistemas de alianzas establecer sociedades mercantiles; casarse entre ellos; comprar, vender y disputarse tierras; denunciar terrenos “baldíos” que no necesariamente lo eran; pactar o combatir con ópatas, yaquis y mayos; convertirse –según el lugar que ocupaban en la red– en gobernador o comandante militar, en diputado o juez de paz, o en cónsul de alguna potencia extranjera; promulgar leyes, reformar la Constitución del estado y levantarse en armas. En una sociedad fronteriza, móvil y violenta, caracterizada por las difíciles relaciones entre indios y no indios, fueron estos esfuerzos por ordenar e imprimir sentido a la economía y a la política por medio de pactos y acuerdos los que estructuraron el proceso histórico.

Al documentar la formación, consolidación y desintegración de estas redes, articuladas en torno a distintos espacios geográficos, intereses económicos y estilos políticos, Trejo revela la lógica de una política estatal “conflictiva pero no anárquica”. Muestra cómo las crisis e inestabilidad que caracterizaron el periodo que analiza –pero sobre todo los años entre 1855 y 1867– no se originaron en los enfrentamientos de la Guerra de Reforma o en la intervención francesa, a pesar de que ésta afectó –más bien tarde y de forma limitada– al conflicto sonoreño, sino en el colapso de la red compuesta por las familias Gándara, Íñigo, Cubillas y Aguilar, engendrada por una asociación económica, la casa comercial “Íñigo y Compañía”, que además de diversificar sus actividades –fundando una fábrica de textiles en 1836– empezara a capturar espacios de poder político durante la década de 1840.

Fue entonces la fractura de la matriz curricular que unía a estos notables, a sus parientes, socios y clientes, la que provocó una intensa lucha por el poder, enfrentando a la facción de Manuel María Gándara con la que encabezaran Manuel Íñigo y Fernando Cubillas. El conflicto se llevó a cabo tanto por las armas como por la vía institucional de elecciones, leyes y juicios, y terminó beneficiando a Ignacio Pesqueira, hombre fuerte e independiente pero no desvinculado de ambas facciones. Esta lucha sorda, en apariencia personalista y caciquil, desembocó en la creación de un nuevo marco institucional, que reforzó al poder legislativo frente al gobernador, en la llegada de “gente nueva” a la política estatal, y en una relación distinta con los pueblos indios, excluidos en la práctica de una estructura reticular de la que habían formado parte y que terminaría, tras larguísimo conflicto, en el despojo de las tierras del Valle del Yaqui.

Esta intrincada historia de acercamientos, acuerdos y desencuentros, en los que los “amigos de ayer” terminaban siendo “los enemigos de hoy”, no sólo presenta una versión distinta de la historia política del XIX mexicano, sino que permite redimensionar y contextualizar, para el caso de Sonora, algunos de los elementos

centrales de esta narrativa. Así, *Redes, facciones y liberalismo* arroja luz sobre la relación entre dinero y poder político, que sabemos inevitable pero cuya mecánica en general desconocemos. La experiencia sonorenses sugiere que la diversificación y consolidación de los intereses económicos de las redes exige que éstas influyan en lo político, tanto para proteger estos intereses –de los ataques de los apaches, calamidad que de manera recurrente se abatía sobre los sonorenses, o de la rapacidad de una hacienda pública familiar–, como para salvaguardar, en el ámbito de la administración de justicia, los bienes y reputaciones de los miembros de la red.

Sin embargo, Trejo muestra que la relación entre las dos esferas estuvo lejos de ser mecánica, y que las actividades económicas y las políticas no necesariamente se reforzaban mutuamente. El auge en los negocios podía distraer la atención de los integrantes de la red, que podían preferir atender la tienda que inmiscuirse en la grilla, como parece haber sido el caso del gobernador José de Aguilar. De manera más trascendente, las rivalidades económicas desencadenaban resistencias y oposiciones, llevando, eventualmente a una reconstitución de alianzas que desestabilizó el espacio político.

En el mismo sentido, si bien la gran pugna ideológica entre liberales y conservadores que supuestamente marca el devenir nacional no se reproduce en el escenario más pequeño y caluroso de la Sonora decimonónica, el marco nacional no es irrelevante. En un estado fronterizo en el que escaseaban los abogados, la Iglesia desempeñaba un papel menor, el ejército prácticamente no existía y las milicias cívicas –y después la guardia nacional– eran vistas menos como una herramienta política que como una necesidad urgente, la patria no estaba sobre todas las cosas y no había conservadores. El gobierno nacional –liberal, conservador, imperial– representaba un actor entre otros, cuyo reconocimiento o apoyo se buscaba en coyunturas particulares de la lucha entre facciones, pudiendo adquirir en ciertos momentos un peso determinante. De ahí que cuando los gandaristas reconocieron el Plan de Tacubaya

en 1858, y después colaboraron con el imperio de Maximiliano, se convirtieron en conservadores, lo que posteriormente contribuyó sin duda a su desprestigio.

*Redes, facciones y liberalismo* describe entonces una pugna por el poder económico y la preeminencia política que rebasa en densidad y complejidad el enfrentamiento entre dos visiones distintas de sociedad. Quienes contendían por el poder en Sonora eran todos liberales y republicanos, porque éstas eran las reglas que regían el juego político. La consolidación del liberalismo no es la trama principal de esta historia, es la condición, el entramado de normas, lenguajes y prácticas en las que se desarrolla el teje y maneje entre empresarios, patriarcas, políticos y funcionarios que interesa a la autora. Se trata sin embargo, nos dice, de “un orden liberal con sabor a antiguo régimen”, porque es dominado por una lógica pactista, determinada por vínculos de carácter premoderno. En un libro que desmonta tantos de los esquemas simplificadores que hemos impuesto al siglo XIX, el paradigma de la oposición tradición/modernidad se impone con un vigor a veces sorprendente. Es cierto que difícilmente podía estar ausente: la sociedad sonorenses era, en los años que se estudian, una sociedad de transición, a caballo sobre el un “Antiguo Régimen” colonial y la modernidad del Estado-nación.

Sin embargo, creo que el mismo texto nos lleva a cuestionar su utilidad como herramienta heurística. Los lazos de parentesco, que conforman la estructura de los distintos sistemas reticulares que articularon tanto los negocios como los apoyos y la oposición política en Sonora al mediar el siglo XIX, parecerían ser, por definición, ajenos a las características de individualismo, igualdad y voluntarismo que relacionamos a las formas de sociabilidad moderna. Sin embargo, la familia, omnipresente, no es una institución exclusiva del “Antiguo Régimen”. Si, por medio de la historia, se transforman la definición de familia, la naturaleza de los vínculos de parentesco y las estrategias de los grupos familiares, es difícil argüir que su peso se reduce.

Por otra parte, en *Redes, facciones y liberalismo*, la oposición tradición/modernidad no logra abarcar los fenómenos que rescata la investigación amplia y rigurosa que conforma el libro. Al clasificarlos por medio de estas dos categorías, el lector pierde sentido de la efervescencia de lo que está sucediendo sobre el terreno, de la audacia –y de la fragilidad– de las propuestas institucionales que formularon estos –por otra parte lacónicos– políticos sonorenses.

Así, pensar que el concepto de representación política oscilaba entre dos modelos –representación de notables (aunada al mandato imperativo) y representación territorial– oscurece las tensiones que generaron los esfuerzos por constituir al cuerpo legislativo estatal, equilibrando la representación de población y territorio, y afianzando la separación de poderes. Estaban en juego distintas maneras de concebir la representación política, así como una serie de esfuerzos por promover o proteger intereses concretos. En el mismo sentido, para explicar la actitud “paternalista” de la red de los Gándara, la actitud supuestamente anticuada de estos notables debería quizá pasar a segundo plano, ante la importancia que para los miembros de esta red tenían las buenas relaciones con yaquis y mayos, si querían asegurar la salida de la producción minera de la región de Álamos.

Con todo, la riqueza y los matices que revela *Redes, facciones y liberalismo* sobre la política sonorense en el siglo XIX pone de manifiesto la necesidad de estudios similares, que reconstruyan cuidadosamente las redes sociales y económicas que proyectaban y apuntalaban posturas políticas, tanto para otras regiones como para la política nacional. Éstos nos permitirían, quizá, aterrizar y conocer la densidad y la estructura de los intereses, jerarquías sociales, alianzas y disputas que estaban detrás de los discursos que han acaparado la atención de los historiadores de la política.

Erika Pani

*El Colegio de México*